

# Lengua del tiempo y de la muerte

Escribe: EDUARDO CARRANZA

*¡Ah, de la vida! Nadie me responde.*

*Quevedo.*

La lírica de nuestra lengua tiene una obsesiva inclinación al tema de la muerte, la nostalgia y el recuerdo. Que se deshojan las mejillas de las muchachas. Que vuela de nuestras manos la súbita mariposa del instante. Que todo nos deja entre los labios un sabor a ceniza. Que en la manzana habita el gusano. Que la rosa también “pierde sus mejillas sobre el césped”. Que todo se derrumba: los imperios y las beldades, los sueños, los amores, las banderas y “las torres que desprecio al aire fueron”. Que el tiempo fluye, incansable, a lo largo de nuestros huesos. Que el tiempo canta su mortal melodía en el centro de nuestro corazón. Que nos morimos en cuanto hacemos. Que nos morimos en la mirada y en lo que miramos, en la sonrisa, en las palabras, en los ademanes. La poesía hispánica se halla traspasada por estas ideas universales y elementales como por un pávido viento. Casi todo cuanto han cantado los poetas de nuestra estirpe parece levantarse sobre el trémulo cimiento de la estrofa de Manrique, *Eclesiastés castellano*:

*“Recuerde el alma dormida,  
avive el seso y despierte  
contemplando  
cómo se pasa la vida  
cómo se viene la muerte  
tan callando...”*

Nadie lo ha dicho mejor, que aquel desencantado y querulante caballero del siglo XV. Y sobre ello vuelve Garcilaso, natural de Toledo, guerrero entre álamos y suspiros, con su amorosa nostalgia. (...“Yo no nací sino para quereros... por vos he de morir y por vos muero...”). Y la celeste nostalgia de Fray Luis en su horaciano huerto castellano. (“Cuándo será que pueda, libre de esta prisión, volar al cielo...”). Y la melancolía de Cervantes, puesto ya el pie en el estribo, al final de sus heroicos y dolorosos años. (“¡Adiós, gracias: adiós donaires; adiós, regocijados amigos!, ¡que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida!”). Y Quevedo, con su heridor estoicismo y su ansiedad temporal:

*“Miré los muros de la patria mía  
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,  
de la carrera de la edad cansados,  
por quien caduca ya su valentía.*

*Salime al campo, vi que el sol bebía  
los arroyos del yelo desatados,  
y del monte quejosos los ganados,  
que con sombras hurtó su luz al día.*

*Entré en mi casa; vi que, amancillada,  
de anciana habitación era despojos;  
mi báculo, más corvo y menos fuerte.*

*Vencida de la edad sentí mi espada,  
y no hallé cosa en qué poner los ojos  
que no fuese recuerdo de la muerte”.*

Y la palabra garbosa y popular de Lope:

*“...Para sufrir el desdén  
que me trata de esta suerte  
pido al amor y a la muerte  
que algún remedio me den...”.*

Y el desengaño barroco de Góngora:

*mientras a cada labio, por cogello  
oro bruñido, el sol relumbra en vano;  
mientras con menosprecio en medio el llano  
mira a tu blanca frente el lilio bello;*

*mientras a cada labio, por cogello  
siguen más ojos que al clavel temprano,  
y mientras triunfa con desdén lozano  
del luciente cristal su gentil cuello;*

*goza cuello, cabello, labio y frente,  
antes que lo que fue en tu edad dorada  
oro, lilio, clavel, cristal luciente,  
no solo en plata o viola truncada  
se vuelva, mas tú y ello juntamente  
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada”.*

Y el solemne pesimismo de Calderón:

*“¿A dónde estará segura  
mi vida por donde voy  
si cada paso que doy  
es sobre mi sepultura?”.*

Y la entrañable andariega Madre Teresa vuelve a lo divino la letra antigua y amorosa del pueblo:

*“Vivo sin vivir en mí,  
y de tal manera espero,  
que muero porque no muero.  
Vivo ya fuera de mí,  
después que muero de amor;  
porque vivo en el Señor,  
que me quiso para sí;  
cuando el corazón le di  
puso en él este letrero:  
Que muero porque no muero”.*

Y Rodrigo Caro llora su inmarchitable palabra volandera sobre las piedras y los mármoles soberbiamente alzados contra el tiempo:

*“Casas, jardines, césares murieron  
y aun las piedras que de ellos se escribieron.*

*Fabio, si tú no lloras, pon atenta  
la vista en luengas calles destruidas;  
mira mármoles y arcos destrozados;  
mira estatuas soberbias que violenta  
Némesis derribó, yacer tendidas,  
y ya en alto silencio sepultados  
sus dueños celebrados...”.*

Y el senequiano razonador de la *Epístola moral* vuelve una y otra vez con varonil melancolía sobre la inanidad, fugacidad y vanidad de nuestros días mortales que son tan solo prueba, y tránsito y engaño y desengaño.

*“¿Qué es nuestra vida más que un breve día  
do apenas sale el sol cuando se pierde  
en las tinieblas de la noche fría?*

*¿Qué más que el heno, a la mañana verde,  
seco a la tarde? ¡Oh ciego desvarío!  
¿Será que de este sueño me recuerde?*

*¿Será que pueda ver que me desvío  
de la vida viviendo, y que está unida  
la cauta muerte al simple vivir mío?*

*Como los ríos, que en veloz corrida  
se llevan a la mar, tal soy llevado  
al último suspiro de mi vida.*

*De la pasada edad, ¿qué me ha quedado?  
O, ¿qué tengo yo, a dicha, en la que espero,  
sin ninguna noticia de mi hado?*

*¡Oh, si acabase, viendo cómo muero,  
de aprender a morir antes que llegue  
aquel forzoso término postrero;*

*antes que aquesta mies inútil siegue  
de la severa muerte dura mano  
y a la común materia se la entregue!*

*Pasáronse las flores del verano,  
el otoño pasó con sus racimos,  
pasó el invierno con sus nieves cano;*

*las hojas que en las altas selvas vimos  
cayeron, ¡y nosotros a porfía  
en nuestro engaño inmóviles vivimos!...*

Y llegando al siglo romántico la triste y tierna desilusión de Bécquer. (... Dios mío, ¡qué solos se quedan los muertos!...). Y el gran Darío, vacilante entre el placer y la muerte:

*“Gozad de la carne, ese bien  
que hoy nos hechiza,  
y después se tornará en  
polvo y ceniza.*

*Gozad del sol, de la pagana  
luz de sus fuegos;  
gozad del sol, porque mañana  
estareis ciegos.*

*Gozad de la dulce armonía  
que a Apolo invoca;  
gozad del canto, porque un día  
no tendreis boca.*

*Gozad de la tierra, que un  
bien cierto encierra,  
gozad, porque no estais aún  
bajo la tierra”.*

Y, orillas del Duero, entre las piedras y los robles de Soria, don Antonio Machado se pregunta, transido de la angustia del tiempo y el ansia de inmortalidad:

*“¿Y ha de morir contigo el mundo mago  
donde guarda el recuerdo  
los hábitos más puros de la vida,  
la blanca sombra del amor primero?*

*¿La voz que fue a tu corazón, la mano  
que tú querías retener en sueños,  
y todos los amores  
que llegaron al alma, al hondo cielo?*

*¿Y ha de morir contigo el mundo tuyo,  
la vieja vida en orden tuyo y nuevo?  
¿Los yunques y crisoles de tu alma  
trabajan para el polvo y para el viento?"*

Y don Manuel Machado sentencia con su estoicismo de linaje arábigo-andaluz:

*"Es el morir y olvidar  
mejor que amar y vivir:  
y más mérito el dejar  
que conseguir".*

Y el desvivirse, el desnacer hacia la muerte, agónicamente, de Unamuno entre las doradas piedras caídas de la luna de su Salamanca:

*"Ir muriendo poco a poco  
desde el día en que nací,  
es para volverse loco,  
¡ay de mí!*

*Que la vida que se pasa,  
contenido frenesí,  
no cabe dentro de casa,  
¡ay de mí!*

*No ver en lo venidero  
si no lo que siempre ví;  
volver siempre a lo primero,  
¡ay de mí!*

*Ay de mí, ángel caído  
que en la vida me perdí;  
temblar de cara al olvido,  
¡ay de mí!"*

"Se nos va todo, se nos va todo", gime Gabriela Mistral. Y Juan Ramón Jiménez, pasea, músico y nostálgico, frente al tierno paisaje de Moguer, musitando:

*"...Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros  
cantando;  
y se quedará mi huerto, con su verde árbol,  
y con su pozo blanco.*

*Todas las tardes, el cielo será azul y plácido;  
y tocarán, como esta tarde están tocando,  
las campanas del campanario.*

*Se morirán aquellos que me amaron;  
y el pueblo se hará nuevo cada año;  
y en el rincón aquel de mi huerto florido y encalado,  
mi espíritu errará, 'nostálgico'...*

*Y yo me iré; y estaré solo, sin hogar, sin árbol  
verde, sin pozo blanco,  
sin cielo azul y plácido...*

*Y se quedarán los pájaros cantando".*

Es la rebelión del hombre que compara el fluir pertinaz de su existencia con la impassibilidad de otras criaturas. Valle Inclán, entre el rafagueo de sus barbas exclama:

*"...La vida,  
polvo en el viento volador;  
solo no muda el cimienta  
del dolor".*

Y a Federico García Lorca le mira, sin término la muerte, desde las torres de Córdoba. Y Leopoldo Panero toca con la sencilla palabra de un soneto sobrecogedor el misterio alucinante del morir cotidiano y de la infancia y los recuerdos que, transparentes, nos rodean y nos *viven*:

*"Estamos siempre solos. Cae el viento  
entre los encinares y la vega.  
A nuestro corazón el ruido llega  
del campo silencioso y polvoriento.*

*Alguien cuenta sin voz, el viejo cuento  
de nuestra infancia, y nuestra sombra juega  
trágicamente a la gallina ciega;  
y una mano nos coge el pensamiento.*

*Angel, Ricardo, Juan, abuelo, abuela,  
nos tocan levemente, y sin palabras  
nos hablan, nos tropiezan, les tocamos;*

*estamos siempre solos, siempre en vela,  
esperando, Señor, a que nos abras  
los ojos, ¡para ver, mientras jugamos!"*

Vale recordar también, de paso y prisa, que *amor y muerte* andan enlazados, nocturnos y fatales, en el romancero varonil y en el enternecido cancionero lírico popular:

*"En Avila, mis ojos,  
dentro en Avila.*

*En Avila del Río  
mataron a mi amigo,  
dentro en Avila".*

.....

La poesía colombiana continúa esta desengañada tradición. Nuestros mejores poemas son de tono elegíaco. José Eusebio Caro nos dice, en indeleble estrofa, donde parece cantar, apenumbado, el último eco de la lira de Manrique:

*“Cuando tenemos desdeñamos  
sentimos después de perder  
y entonces aquel bien lloramos  
que se fue para no volver”.*

Y la patética reflexión se repite en el grave Rafael Pombo. En el meditabundo Miguel Antonio Caro. En el avioletado Arciniegas. En el anhelante Rivas Groot. Anda Valencia por la orilla de la tarde, suspirando por “algún jardín que hay más allá”. Porfirio Barba Jacob exclama, dionisiaco, desde la entraña de su desolación:

*“La muerte viene... y todo será polvo...  
A reír, a danzar al son de mi canción...”*

pues la idea de lo efímero de la vida no le conduce a abstenerse sino a hundirse frenéticamente en el torrente de los goces. Y añora Eduardo Castillo “los días felices y tan lejanos que se nos fueron de entre las manos”. En la quemante palabra de Jorge Gaitán Durán, arden “como un fuego de dos llamas” la muerte y la voluptuosidad:

*“...Bebemos vino rojo. Esta es la tarde  
en que más recordamos a la muerte”.*

Y Eduardo Cote Lamus —alegre y melancólico— va dejando caer palabras como sueños: “Todo se va cayendo, todo es sueño...”.

Pero nadie en nuestra poesía ha dado la nota temporal y mortal con la patética intensidad, con ansiedad tan punzante, como José Asunción Silva. Su oído ultra-sensitivo oía el despeñarse de la sangre hacia la muerte. Su corazón interrogaba a las estrellas por el secreto del más allá. Sobre los húmedos bosques de otoño veía ascender, en niebla lunar, las adoradas sombras que se fueron. Su mirada vio en el rostro de las cosas viejas —del arpa y de la reja, de la carta con lágrimas, del libro con flores— de las cosas que la mano del polvo empieza a tocar y descaecer, la lucha secreta entre la vida y el tiempo, entre lo que pugna por durar y la impasible mano que lo abate. Desde lo alto de la tarde de noviembre descende la broncínea admonición de las campanas que les hablan a los vivos de los muertos...

*“La luz vaga... opaco el día,  
la llovizna cae y moja  
con sus hilos penetrantes la ciudad desierta y fría,  
por el aire tenebroso ignorada mano arroja  
un oscuro velo opaco de letal melancolía...”.*

En el brumoso atardecer de un *Día de difuntos*, en el morado crepúsculo del siglo diecinueve, “cuando muchas cosas bellas del cielo y de la tierra tocaban a su término”, las últimas campanadas de Santa Fe caían sobre el absorto, sobre el oceánico, sobre el desolado y lloviznado corazón de Silva.